



XII

Certamen
Relat Curt
amb perspectiva
de gènere

AUTORAS PREMIADAS:

AUTORA: ROSA SENDRA MORERA
Mención honorífica a la artista local
Título: La verdad.

AUTORA: NURÍA GARCÍA GONZÁLEZ
Modalidad castellano
Título: Tempura de langostinos.

AUTORA: M^a TERESA SORRIBES MIRÓ
Modalidad valenciano
Título: Les altres morts



**Ajuntament
de Mislata**
REGIDORIA DE POLÍTQUES
D'IGUALTAT

MISLATA
LA SUMA DE TODAS Y TODOS

Carlos Fernández Bielsa
Alcalde de Mislata



La literatura és una ferramenta d'expressió mitjançant la qual les persones guanyem habilitats i també adquirim coneixements. La creativitat i l'obertura de mires que reflecteixen aquestes pàgines ens instrueixen en llibertat i ens ensenyen a tolerar, a comprendre i a defensar formes de veure el món. La cultura, l'art i la literatura són garanties d'expressió lliure, de compartir vivències i amplien el nostre espectre d'idees. Cada relat és un prisma amb què analitzem la realitat que ens envolta.

Per això, des de l'Ajuntament de Mislata continuem potenciant la convocatòria de certàmens com el de relat curt de la Regidoria de Polítiques d'Igualtat, un concurs que ja ha passat la dècada, i que posa de manifest aquelles històries que naixen des de la perspectiva de la dona, que pretenen la igualtat, i que són un granet d'arena en la construcció d'una societat sense exclusions per raó de gènere.

Des d'aquesta convocatòria, continuarem aportant obres literàries a la nostra història, relats breus d'autores que narren visions plurals, que fomenten la cultura i la creativitat. Juntes i junts continuarem impulsant aquesta aposta cultural tot i vinculant-la als objectius que donen sentit a les nostres polítiques d'igualtat de Mislata per a continuar amb la generació d'oportunitats de futur a les dones i, amb això, a la societat en el seu conjunt.

Carmen Lapeña Bueno
Concejala de Políticas de Igualdad y Mujer



Es para mí un orgullo poder dedicar unas palabras para felicitar a las ganadoras de este "XII Certamen de Relato Corto con perspectiva de género". En primer lugar, quiero felicitar a todas las mujeres que han participado en este Certamen, a todas y cada una de ellas gracias por participar y por haber dedicado su tiempo a la creación literaria. En segundo lugar, felicidades a las ganadoras.

Es objetivo prioritario de la Concejalia de Políticas de Igualdad trabajar todos los días del año para empoderar a las mujeres de Mislata, para dotarlas de recursos que las ayuden a ocupar en esta sociedad el papel que indiscutiblemente les corresponde. Con iniciativas como esta queremos contribuir a esta finalidad, facilitando el desarrollo de sus inquietudes literarias y fomentando así su protagonismo y su propio desarrollo personal.

Es per a mi un orgull poder dedicar unes paraules per a felicitar les guanyadores d'aquest XII Certamen de Relat Curt. En primer lloc, vull felicitar totes les dones que han participat en este Certamen, a totes i cada una d'elles gràcies per participar i per haver dedicat el seu temps a la creació literària. En segon lloc, felicitats a les guanyadores.

És objectiu prioritari de la Regidoria de la Dona i Polítiques d'Igualtat treballar cada dia de l'any per a apoderar les dones de Mislata, per a dotar-les de recursos que les ajuden a ocupar en aquesta societat el paper que indiscutiblement les correspon. Amb iniciatives com aquesta volem contribuir a aquesta finalitat, i facilitar així el desenrotllament de les seues inquietuds literàries i fomentar el seu protagonisme i el seu propi desenrotllament personal.

Mención honorífica a la artista local

Título: La verdad

Autora: ROSA SENDRA MORERA

Había amanecido un día gris, las nubes de algodón blanco del día anterior se habían tornado negras comiéndose la cálida luz del sol. Una tormenta de primavera se había adueñado de la alegría y la luz de la ciudad esa mañana. Por la ventana se deslizaban pequeñas gotitas de agua fría, limpia, pura, haciendo carreras cuyo único fin era concurrir para formar diminutos mosaicos en el cristal. Desde pequeña Alba disfrutaba mirando por la ventana cuando llovía, mirando el cielo, las nubes, y cómo cambiaba por momentos la luz, los colores, el viento. Oía a tierra mojada.

Alba estaba absorta en sus pensamientos mientras miraba embelesada las pequeñas gotas de agua golpear suavemente el cristal al tiempo que pequeñas lágrimas salían involuntariamente de sus ojos dibujando su rostro, seguía sin poder contenerlas, brotaban sin permiso, sin licencias.

Pensaba, seguía pensando e intentaba recordar, se revelaba ante lo vivido y buscaba en su mente, con la necesidad de encontrar un porqué, el origen, el motivo, buscaba culpables intentando justificarse, intentando justificarlos, intentando entender, pero había que echar la vista atrás, muy atrás, y era tan doloroso.

Enfadada consigo misma por sentirse, así tomó una decisión: iba a ser valiente, enfrentar sus miedos, iba a tomar las riendas de la situación y actuar. Llevaba semanas así y hasta el momento se había dejado invadir por la pena y la rabia, por la culpa, por sentimientos negativos que la ahogaban y desasosegaban, que oprimían su pecho y no la dejaban respirar, pero pensaba en sus hijos, en su marido, y llegó a una conclusión, algo debía cambiar, cogió aire y respiró profundamente, soltándolo lentamente.

Se preguntaba quién había metido en su mente todas aquellas ideas, todos aquellos conceptos erróneos, pero ya no desde el rencor, sino para perdonar, para personarse, pero sobretodo, para entender por qué había llegado a ese punto.

Alba, 35 años, madre, esposa, hermana, hija y abogada -por este orden-, se había visto emocionalmente muy afectada cuando meses atrás, en una sus primeras guardias de violencia doméstica, la habían llamado de comisaría para prestar asistencia en su calidad de letrada a una víctima. “En principio nada grave” —le había informado la agente en su llamada—, presuntamente “solo” una discusión familiar, habían sido unos gritos y zarandeos por parte del marido que había llegado a casa un poco peleón por llamarlo de algún modo, y con dos copas de más en el cuerpo.

Al llegar a comisaría Alba se encontró con una situación que aunque todavía no lo sabía, haría cambiar algunos de los planteamientos que tenía sobre su educación, respecto de su vida, su trabajo y su propia familia.

Por lo general, en las tres guardias que había tenido hasta el momento, las víctimas a las que había tenido que asistir eran mujeres jóvenes, en algunos casos no eran españolas, en otros sí, generalmente mujeres con un nivel cultural medio-bajo y pocos recursos económicos, que se habían enzarzado en discusiones con sus respectivas parejas quienes las trataban con actitudes altivas y chulescas, siguiendo patrones machistas que Alba entendía ya desfasados, sin dar crédito a que gente joven pudiera seguir tener esa mentalidad.

Alba acababa de iniciar su andadura en este tipo de procedimientos judiciales de violencia sobre la mujer, era un mundo que en cierto modo la fascinaba, poder ayudar a mujeres en situaciones realmente difíciles, como mujer se sentía orgullosa de poder ayudar a mujeres en esa situación.

Habían sido mucho los cursos de especialización para prepararse, muchas las charlas y puestas en común, muchos los estudios de casos de otros abogadas y abogados compañeros que eran ya especialistas en estos temas, profesionales de la materia, muchas las asistencias a juicios, estudio de leyes, normas, jurisprudencia, pero sin duda, en lo que no había pensado era en una correcta preparación psicológica para enfrentarse a determinados tipos de situaciones familiares, algunas muy duras, más de lo que hubiera imaginado, en ocasiones, y ante determinados relatos, se contenía y ahogaba sus lágrimas, manteniendo el semblante serio para que nadie lo notara.

Había asistido a muchos cursos de especialización en la materia, sobre el procedimiento penal específico, sobre la atención en comisaría, en el juzgado

de Violencia sobre la mujer, muchas charlas sobre el papel de la víctima, su posición, sus características, sus porqués..., pero ¿estaba ella preparada para enfrentarse profesionalmente a esas situaciones y poner una coraza para que no le afectaran personalmente?

Cuestión del azar o no, pero hasta el momento las situaciones a las que se había tenido que enfrentar las había gestionado de una manera bastante solvente, saliendo satisfecha a nivel profesional, airoso a nivel personal, intentando ayudar y apoyar a las víctimas, empatizando con ellas, poniéndose en su lugar para entenderlas, para comprender y asesorarlas debidamente, para que se adoptaran las medidas de protección correspondientes a su favor, velando por intereses de unas víctimas, carentes en la mayoría de los casos de un mínimo de autoestima, de seguridad y de confianza en sí mismas. Muchas veces cuestionadas por su entorno, por su familia, con sentimientos de vergüenza...

La agente de policía designada al efecto, presentó a Alba a su cliente, una señora de unos 50 años aproximadamente —aunque parecía mayor—, se percibía que había sido una mujer muy atractiva, de bonitos rasgos y melena larga y ondulada, si bien los años no habían sido justos con ella, en su rostro se reflejaban ojos tristes y caídos, como vacíos, resignados, luchando por mantenerse abiertos y pronunciando aún más si cabe sus ya tristes líneas de expresión.

La señora era muy educada, su discurso organizado y correcto, con un amplio vocabulario y bien argumentado, desvelaba un nivel cultural medio-alto. Vestía elegantemente con líneas neutras y sencillas de un modo que no da el dinero sino el estilo y la clase, como únicos complementos dos pequeñas y finas joyas adornando su indumentaria, un colgante de oro rematado con una perla y una alianza de matrimonio, no podía ser de otro modo.

Toda esa correcta apariencia no hacía más que contradecirse con un pequeño detalle, sus ojos tristes y el rímel ligeramente corrido, delatando que algo no iba bien, que algo ocurría a pesar de su casi impecable apariencia, pronto Alba empezaría a entender.

La señora, serena, en primer lugar quiso aclararle a Alba que su marido era buena persona, que él la quería mucho, tanto a ella como al hijo que tenían en común, pero que ese día había llegado a casa muy cansado porque su marido era médico, y claro, trabajaba mucho (Alba ya anotó mentalmente la primera

señal clara: antes de contar lo que había ocurrido, la esposa ya estaba justificando a su marido: “me quiere, es bueno, lo que ocurre es que está muy cansado”).

Justificación.

Educadamente le dijo a Alba que no quería hablar nada más con ella, sólo quería declarar cuanto antes, irse a su casa y que liberaran a su marido, porque el pobre seguro que estaba sufriendo mucho, pues había sido detenido en el mismo domicilio familiar por la policía.

Insistía y se repetía diciendo que si su hijo no hubiera llamado a la policía no hubiera pasado nada, insistía nuevamente en que no era nada importante, simplemente una discusión de pareja, sin más, cosas de matrimonio, discusiones normales que tenían todas las parejas y todas las familias, que ellos no eran ese “tipo de familia” que estaban todos pensando (...) Alba insistía en hablar tranquilamente para asesorarla, con voz calmada y tranquila, intentando mirarla a los ojos, mostrarle que estaba allí para ayudarla, y con el objeto y fin de que le contara lo ocurrido y exponerlo a la agente instructora de manera cronológica, detallada y ordenada, siendo consciente de las malas pasadas que juega la situación de bloqueo a la que se ven sometidas en la mayoría de los casos las mujeres, víctimas de malos tratos por parte de sus parejas, maridos, exmaridos, quienes, en muchas ocasiones, son incapaces de verbalizar o expresar todas las situaciones de violencia que han sufrido, entre otras cosas porque no entienden determinados actos como tal, y en consecuencia sus agresores no son sancionados ni penados por algunos de los hechos que han cometido, saliendo impunes y airosos de sus reprobables actos.

La señora se encontraba dispuesta a declarar y acabar cuanto antes con aquella situación que entendía ajena a ella y a su familia, y empezó a relatar a la agente que su marido (un respetado médico cirujano de un hospital privado) había llegado a casa, algo contrariado, que sufría mucho estrés y presión en el trabajo.

Su discurso era pausado, con voz suave, contenido, midiendo mucho cada palabra, sin estridencias, contenido. Que seguramente su marido, para despejarse un poco al salir del trabajo se había tomado alguna cerveza antes de ir a casa, (lo que Alba mentalmente tradujo por “llegó a casa con ‘un mucho’ de alcohol en el cuerpo”), y que había llegado un poco nervioso y enfadado.

La señora insistía en que no había pasado nada, simplemente había sido una discusión con su marido, que no entendía qué hacían allí, que no entendía por qué su marido estaba detenido, reforzando una vez más e insistiendo en que ellos eran un matrimonio normal, —decía mirando fijamente a la agente—. Ver-güenza.

Al lado, su hijo, un chico educado y joven, de unos 20 años y que hasta el momento había permanecido serio e impassible, no pudo contenerse. Era él quien en un arrebato de osadía y valentía, se había decidido, y había tenido que llamar a la policía.

Visiblemente exaltado, con los ojos llenos de ira e interceptando el correcto discurso de su madre dijo que eso no era verdad: “Mentira mamá, papá ha llegado a casa como todos los putos días, borracho, gritándote e insultándote, hoy ha sido porque estabas tumbada en el sofá y no habías planchado su ropa para trabajar al día siguiente, ha llegado a casa buscando un motivo..., ha llegado con ganas de discutir, como siempre”. El discurso del chico, al contrario que el discurso de su madre, era improvisado, atropellado, nervioso y brotaba compulsivamente de su boca sin medir palabras ni protocolos. Rabia.

Ante las palabras del hijo, su madre, la víctima, se quedó en silencio, no podía desmentir ni desacreditar a su hijo, lo hubiera hecho con cualquier otra persona, pero no con su hijo, que en ese momento era quien ladraba lo que ella llevaba años silenciando, años obviando, años disimulando, años callando, años sufriendo, palabras que no podían salir de su boca. Dolor, resignación.

Contenía sus lágrimas a pesar de mostrarse conmovida por su hijo, intentando calmarle, diciéndole que en casa lo solucionarían, que ese no era el sitio, que podrían tener problemas.

El hijo, contraviniendo las recomendaciones de su madre y de la agente de policía que le indicaba que se calmara, que intentara serenarse e ir mas despacio siguió con su relato: “...Y le ha dicho a mi madre: “¡Qué tranquila estás cuando yo estoy en el hospital. Eres una inútil, con tu sueldo no podríamos vivir, menos mal que alguien en esta casa trabaja de verdad, sin mi dinero a ver de qué vives tú, no sirves ni para plancharme las camisas!”, cuando mi madre se ha levantado para tranquilizarlo —siguió el chico— él la ha empujado, arrinconándola contra la pared y diciéndole que: “...A mí no me lledes la contraria o te vas a enterar”.

Inesperadamente, el hijo quedó mudo de repente a lo que sucedieron unos segundos incómodos y tensos para todos los presentes y que a Alba se le hicieron eternos. El chico miró a su madre, como pidiendo permiso, buscando su complicidad y aprobación, sin encontrarla, queriendo seguir, pero bloqueado, cortando el tenso relato, silenciando lo que había pasado justo después de las palabras de su padre, y ya, sin atreverse a verbalizar la situación, se derrumbó, manifestando que no podía soportarlo más, que esos hechos tenían lugar desde que tenía uso de razón, que él se encerraba siempre en su habitación, para no oírlos, para no verlos, (para no sufrir), pero que se había cansado, que no podía más y había decidido llamar a la policía. Sufrimiento en silencio. Desesperación.

En apenas un instante, y sin que nadie se atreviera a mediar palabra, la ira inicial de sus ojos se transformó, dando lugar a ojos apesadumbrados, ojos que escondían miedo, desesperación más bien, y empezaron a brotar lágrimas descontroladas, había mantenido la compostura hasta el momento, pero inexplicablemente, y tal vez por ser la primera vez que verbalizaba sus vivencias ante terceros, se derrumbó.

Hablaba, sollozaba, susurraba, apenas se le podía entender, con voz entrecortada y suspiros, miró a Alba, y buscando su comprensión, le dijo que no sabía qué hacer, que su padre le había dicho "De esta te vas a acordar, tú no sabes lo que me has hecho, me vas a hundir, no quiero saber nada de ti. Tú y tu madre estáis en mi contra y os podéis ir los dos a la mierda" para acto seguido empujarle contra ésta al tiempo que lo miraba fijamente con cara endemoniada.

No era difícil entender que el chico, haciendo acopio de todo su valor y dejándose llevar por la rabia acumulada a lo largo del tiempo, había explotado, llamando a las autoridades y denunciado la situación sin plantearse nada más allá. Pero de repente, planteándose la que se le avecinaba al día siguiente, había sido consciente de la situación, vislumbrando las posibles consecuencias.

Una vez más, miedo. Miedo ante lo que podía pasar cuando volvieran a casa, temiendo las represalias por desafiar a su padre llamando a la policía en un acto de lo que se iba a considerar rebeldía juvenil, falta de respeto a la autoridad paterna, actitud desafiante, miedo, temiendo si su madre sufriría las consecuencias, y lo que para él era peor en ese momento, miedo, temiendo lo que pudiera pasarle a su padre como consecuencia de su denuncia, pues él pensaba que era

tan terrible la situación que sufrían cada día, temiendo el humor con el que llegaría el progenitor a casa cada noche, que seguro tendría unas consecuencias judiciales gravísimas. Pensaba que encerrarían a su padre en prisión. Culpa.

El agente recogió lo relatado en el correspondiente Atestado, y tras cumplimentar los correspondientes protocolos, diligencias de Valoración del Riesgo Policial —que arrojó un resultado de Riesgo Bajo—, dejó a la víctima, a su hijo y a Alba a solas para poder hablar, emplazándoles a comparecer al día siguiente en dependencias judiciales.

Teresa, que así se llamaba la víctima, por más que hiciera ella en negar su condición de tal, hizo acopio de toda la dignidad que pudo recoger en su maltrecho corazón para dar las gracias a la policía y a Alba, insistiendo, nuevamente, en que aquello no era necesario, y mostrándose muy contrariada y en parte ofendida por que su marido tuviera que pasar la noche en los calabozos de la comisaría. ¡Pobre!, su marido era un señor, no era un delincuente. Ella no imagina que su hijo daba gracias en su fuero interno porque su padre no fuera a volver esa noche a casa y se quedara a cargo del personal de las fuerzas de la autoridad. Esa noche dormiría sin miedo a despertarse por gritos, por golpes, esa noche no habría insultos.

Alba sintió pena, mucha pena, se marchaba andando, paseando bajo la negra noche camino a su casa, pensando en Teresa, su hijo y su marido. No entendía por qué ese caso le generaba tanto desasosiego, no entendía por qué aunque estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, aquella situación en concreto le afectaba de ese modo, un modo que no entendía, dejándola con un mal sabor de boca que le resultaba en cierto modo familiar, sin entenderse a sí misma, se puso a llorar.

Apartó sin más los pensamientos negativos de su mente, intentando planificar mentalmente el día siguiente. Últimamente era un recurso muy socorrido, apartar los problemas de su mente, como un mecanismo de defensa, intentaba apartar los problemas, resolviendo los contratiempos más urgentes y centrándose en llevar como podía la organización del trabajo, la casa, los niños, la compra, lavadoras, y resolver los incidentes que no admitían demora.

Eran más de las 23 horas de la noche, cuando Alba llegara a casa todavía tenía que buscar el disfraz para la función del colegio de su hija, hacía días que

le había prometido buscarlo; sin embargo, la función era la mañana siguiente y todavía no sabía dónde podría estar guardado. “Respira Alba”, se decía. A primera hora llamaría al Colegio de la niña para avisar que la llevaría al servicio de “Escoleta Matinera” a las 7.30 horas —había que ir pronto al Juzgado— por el camino repasarían las tablas de multiplicar, los jueves era el día de la fruta, y más valía que no se olvidara de ponerle a su hija alguna pieza de fruta para almorzar, de lo contrario su profesora se lo recordaría nuevamente —a modo de sutil recomendación — en la libreta de correspondencia, antes pasarían por la guardería para dejar al niño, 1 añito ya, que rápido había pasado el tiempo, cruzó los dedos para que el niño ya no tuviera fiebre, no tenía con quien dejarlo si estaba malo. Su marido también estaría trabajando, y no le solían poner muchas facilidades en estos casos. Al salir del Juzgado antes de comer pasaría a comprar algo para cenar, la nevera estaba vacía, y mientras hacía la compra aprovecharía para llamar a su madre, habían hablado el día anterior y la había notado triste o cansada, quizá ambas cosas.

Al día siguiente, 7.30 horas y la casa recogida, el niño en la guardería y la niña en el colegio, a las 8.00 horas en la oficina, correos electrónicos revisados y agenda controlada, 8.45 horas, Juzgado de Violencia Doméstica, todo controlado, ¡perfecto!, Alba necesitaba tener el día organizado y cumplir lo previsto, cualquier contratiempo la ponía nerviosa, porque desestabilizaba el organigrama familiar. Menos mal que su marido, aunque con un menor grado de exigencia en cuanto a la organización, estaba comprometido del mismo modo que ella con sus hijos y la familia que habían creado, se preveía un día largo, y él se ocuparía por la tarde de los niños.

Alba se sentía muy afortunada por tener a un compañero de vida como él, sin ningún género de duda, a pesar de los baches y dificultades, había sido la mejor elección de su vida, los dos habían acertado eligiéndose el uno al otro.

Recordó entonces a su madre, cuando le decía: “Hija, ¡qué suerte tienes con tu marido, no te quejarás, ¿eh?! Te recoge a los niños del colegio, les da la merienda y te los cuida hasta que acabes de trabajar, ¡y hasta te los ducha!” “Si es un santo, ¿cómo se te ocurre hacerlo recoger la mesa y hacerlo planchar al pobre?” Alba se enfureció mientras se indignaba por momentos recordando aquellas frases, no comprendía la manera de pensar y actuar de su madre, no era tan

mayor para tener esa mentalidad. Una madre debería ensalzar a su hija y decirle que su marido es el afortunado por tenerla a ella de esposa y viceversa, en un plano de igualdad. A sus 60 años, criada en valores retrógrados y machistas que había hecho propios, lejos de animar a su hija a luchar contra ellos, le recriminaba lo poco que cuidaba a su marido. ¿Qué me los recoge? ¿Qué me los ducha? ¿Qué me los cuida? ¿Qué le hago planchar? ¿Acaso no son sus hijos? ¿Acaso no son tareas domésticas que organizar y repartir en función de la disponibilidad de cada uno? Por momentos la indignación de Alba iba en aumento, se sentía ofendida con los planteamientos absurdos de su madre quien daba por ciertos, justos y asumidos los antiguos y desfasados roles de la mujer y el hombre, ella sumisa, obediente y abnegada, encargada del hogar, la crianza de los hijos y el cuidado y atención de su marido, y él encargado de trabajar para hacerse cargo de la economía familiar.

Alba se había criado así, pero con los años, y ya viviendo en ciudades distintas, empezó a ver la situación con distancia, asumiendo que esa situación no era la correcta, no era justa, ni acorde con los tiempos. No obstante era como sus padres habían decidido vivir, y había aprendido a respetar el modo de vida que ellos asumían como válido y correcto, aun cuando sin verlo con buenos ojos, para Alba era impensable y contraria a los tiempos la actitud de servilismo de su madre, resignada, obedeciendo a su marido, cuidando que la casa estuviera limpia y la comida preparada a la hora, cuidándose de no importunar ni disgustar al señor de la casa con sus comportamientos y palabras, siendo paciente ante el mal humor de éste..., actitudes, todas ellas que con los años no habían conseguido más que fomentar una relación donde el padre de Alba disponía y exigía, porque daba por hecho que así era y así debía ser, y su madre acataba sin rechistar, y para el caso que hubiera alguna contrariedad por parte de ésta, la consecuencia eran gritos del padre y esposa con la cabeza baja.

Nuevamente Alba apartó de su mente los pensamientos negativos, dio gracias porque la relación con su marido fuera completamente diferente, ya se había cuidado ella de que así fuera, y por estar con alguien con quien poder ser libre para expresar su voluntad, sus expectativas, sus deseos y sentimientos, alguien con quien poder compartir todo, los buenos y malos momentos, el ocio y los contratiempos, las risas, y hasta las tareas domésticas, alguien con quien poder ser ella misma, sin tener que callar por miedo a ofender o disgustar, y dio

gracias por tener un compañero que, lejos de hacerla sentir inferior para creerse superior, la valorara como el mejor de los regalos de la vida, y la hiciera luchar para crecer y mejorar juntos cada día.

Alba volvió a la realidad del día, entraba en ese momento por la puerta del juzgado Teresa, iba sola, sin su hijo y ella no sabía realmente con qué idea e intención llegaría, aunque muy a su pesar tenía bastante asumido que aquello acabaría con el archivo de la causa, sentía tanta impotencia... , sin duda, con el tiempo, o algo cambiaba o la situación, lejos de desaparecer, persistiría, yendo a más y desembocaría en algo que traería consecuencias mucho más graves para Teresa —si cabía—.

La noche anterior Teresa le había indicado a Alba que no iba a declarar en el Juzgado para no perjudicar a su marido, que quería que soltaran a su marido y volver juntos a casa, que acabara aquella desagradable situación cuanto antes, y que por favor, no trascendiera, como si no hubiera pasado. Su hijo para apoyar a su madre —de un modo completamente desacertado pensaba Alba sin ver su propia joroba—, había dicho que haría lo propio.

Sorpresivamente, esa mañana, Teresa llegaba sola al Juzgado, con templanza, sería, pero su hijo no la acompañaba.

Alba decidió no juzgar a Teresa, no cuestionar las decisiones de su cliente, respetar su voluntad, ponerse en su lugar, intentar comprenderla, y apoyarla, no presionarla y no restar, sino sumar, aportarle algo aunque fuera para la siguiente ocasión...

Eso sí, antes Teresa debería escucharla, le explicaría todas las posibilidades, vías, consecuencias de una u otra decisión, le mostraría todas las ayudas y medios que tendría a su alcance si decidía seguir adelante, le haría saber que no iba a estar sola, las ayudas económicas, psicológicas, los recursos, asociaciones... todo lo que podría hacer más llevadera su situación si seguía adelante, ese era realmente su trabajo con Teresa, darle argumento y armas para que su decisión fuera en la medida de lo posible correctamente valorada, consciente e informada.

No iba a ser fácil, Teresa no se sentía víctima, para ella la desvalorización diaria y constante a lo largo de los años, la violencia verbal, los insultos y vejaciones, el maltrato psicológico, la violencia económica, los zarandeos y empujones, las relaciones sexuales a desgana para evitar discusiones si se negaba... todo eso,

no eran un modo de violencia. Solo cuando un marido le pegaba una paliza a su esposa había violencia doméstica, y sólo entonces existía maltrato, el resto, quedaba en casa, en lágrimas ahogadas, en sumisión, en depresión, en resignación. Ellos no eran ese tipo de matrimonio, ellos eran gente normal, gente bien, gente culta, tenían estudios, tenían sus trabajos, había que guardar las formas, ¿qué pensarían sus familiares, sus amigos, sus compañeros de trabajo?

Alba saludó a Teresa, quien se mostraba nerviosa, pero con una mirada diferente al día anterior, estaba cansada, pero había algo diferente en ella.

Alba le preguntó por su hijo, imaginando que estaría intentado estacionar el vehículo en algún parking, pero el gesto contrariado de Teresa no daba lugar a dudas. Negó con la cabeza, contrariada, indicando que su hijo no iba a ir, que había tomado la decisión de irse a vivir con sus tíos, el chico no soportaba la idea de seguir viviendo día tras día la situación que su madre parecía dispuesta a aceptar. Por primera vez Teresa se derrumbó, y Alba, que no sabría nunca exactamente qué le había dicho aquel chico de 20 años a su madre, entendió que era justo lo que Teresa necesitaba para reaccionar, ver que su hijo se iba a apartar de su camino, que iba a perder aquello que más le importaba. Hasta el momento sentía que si estaban los tres juntos todo iría bien, pero no contaba con la reacción de su hijo. Daniel, que así se llamaba, no entendía cómo después de haber sido el paño de lágrimas de su madre, cuando él —exhausto— daba un golpe en la mesa y tomaba la decisión de actuar para acabar con la situación, no contaba con el apoyo de ésta, quien decidía cerrar nuevamente los ojos y seguir con la situación. Daniel tenía planes, aspiraciones, quería acabar la carrera y opositar, y sabía que la relación de sus padres iba a ser un lastre. Esperanzado y pensando que era su último cartucho, decidió no acompañar a su madre para hacerla reaccionar, lo habían hablado mil veces, y ella siempre se negaba a tomar cartas en el asunto, dejando los días, las semanas, los meses, los años... , pasar.

Alba no podía entrar a valorar en ese momento, si esta fue o no la decisión correcta, dejar sola a Teresa, pero sin duda alguna, y afortunadamente, esa actitud fue la que provocó un cambio en ella. Decidió declarar ante el juez y explicar lo que había ocurrido la noche anterior, eso sí, sobre la marcha iría decidiendo y valorando si quería seguir con el procedimiento o retiraba la denuncia.

Aquel pequeño gran gesto de Teresa fue un logro para Alba, quien lo vivió como suyo, y salió del Juzgado, contra todo pronóstico, feliz, admirando a aquella mujer que había decidido contra todo pronóstico dar un paso adelante, aunque por su hijo, no por ella, pero no por eso un paso menos importante, sabiendo que para una víctima de violencia doméstica, aquello podía suponer un gran cambio.

Alba salió del Juzgado, eran las 14 horas, había pasado toda la mañana con las declaraciones, comparecencia de medidas de protección, acompañando a Teresa en la Oficina de Ayuda a la Víctima quien desplegó el correspondiente dispositivo y recursos, y gestionando demás cuestiones relacionadas con la situación de Teresa, quien de momento tenía un difícil camino ante ella. Alba en su interior, se sentía orgullosa de Teresa, sabía que había sido difícil llegar a ese punto, y llamó a Daniel su hijo para ponerlo al corriente, seguro que madre e hijo reconducirían su situación.

Satisfecha y con la sensación de haber conseguido algo positivo aquel día, Alba se decidió a seguir con el orden del día y actuar conforme su previsión, así que se dispuso camino del supermercado para hacer la compra, mientras llamaría a su madre. Al ir a coger el teléfono para llamarla, advirtió un tanto perpleja que tenía más de 10 llamadas al móvil, de un número de teléfono desconocido, de su marido, de su tía... , no entendía nada, mensajes en el contestador, había tenido el móvil en silencio toda la mañana y no le había prestado ningún tipo de atención.

Llamó a su marido quien le dijo que estaba llegando al Juzgado que iba a recogerla, que había ocurrido algo terrible a su madre.

Alba sintió el mundo temblar bajo sus pies, no entendía que podía haber pasado, ¿Estaría gravemente enferma su madre?, ¿Habría tenido un accidente?, llevaba unas semanas notándola muy desanimada, cansada, pero lo atribuía a eso precisamente, al cansancio, al bache económico que estaban pasando sus padres, a que uno no tuviera un buen día, ni en el peor de los casos podía imaginar, ni siquiera suponer, que aquello contra lo que luchaba día a día en su trabajo podría afectar a su familia en modo alguno.

Pasaron unos minutos, unos largos minutos de silencio, de espera, de incertidumbre, de miedo, y Alba vio acercarse a su marido en el coche. No entendía el semblante descompuesto, la cara de angustia, ¿tan grave era? Un accidente

seguro, irían corriendo al hospital. Pensó aliviada en que al menos no les pasaba nada a sus hijos, sin poder tan siquiera imaginar lo que iba a escuchar.

Nunca olvidaría esas terribles frases: “cariño, ha ocurrido algo horrible, lo siento mucho, tu madre..., ha muerto. Ha sido un terrible..., accidente..., parece ser que tus padres tuvieron una discusión..., tu padre no quería..., no saben qué ha ocurrido, la empujó sin querer, se caería, un mal golpe..., no sé, la policía te estaba llamando y no te...”

Alba dejó de oír, se hizo un silencio ensordecedor, solo percibía un extraño silbido a lo lejos, con voces como de eco, voces retumbando en una sala inmensa, voces que discurrían a cámara lenta, su marido la miraba sin saber muy bien qué hacer. Alba era incapaz de entender bien lo que estaba pasando, todo se resumía en “Ha muerto”, en su mente se repetía una y otra vez esa frase, “Ha muerto, ha muerto, ha muerto”. No podía gritar, no podía llorar, no podía hablar, se sentía inmóvil, un cosquilleo invadía sus brazos y sus piernas, se acorcharon, no podía moverse.

Alba abrió los ojos, oía a gente hablar de ella a su alrededor, pero sólo reconocía la voz de su marido, estaba desconcertada, no entendía quién era esa gente y dónde estaba. Meses después, seguía sin recordar que pasó en aquellos minutos, parece ser que se mareó al recibir la noticia, sin desmayos, sin llanto, sin gritos, sin capacidad de reacción, simplemente bloqueo emocional.

Seguía pensando en lo ocurrido, imaginando las mil y una cosas que podría y debería haber hecho, sintiéndose cómplice de la actitud abnegada, resignada y consentidora de su madre, sintiéndose cómplice del asesino, por no actuar en las mil y una discusiones que había presenciado, por no hacerle abrir los ojos a su madre.

Recordaba a Daniel, el hijo de Teresa, quien, valiente donde los haya, se había revelado contra la situación, desafiando a su padre maltratador, denunciando, imponiéndose al criterio de su padre, al propio criterio de su madre, y quién sabe si, quizá, salvándole la vida.

Se preguntaba si quizá con su actitud de mirar hacia otro lado no había contribuido en cierto modo al lamentable resultado, su madre muerta, su padre en prisión, ella destrozada, su familia triste por verla así y luchando cada día por recoger sus pedazos y levantarla. Una víctima más, otra familia “normal” rota, ellos,

sus padres, que siendo una familia de clase media, con recursos y posibilidades, un matrimonio a vista de todos “normal” había acabado así.

Ella, que se había sentido gravemente ofendida tantas veces con las palabras de su madre, no había actuado para ayudarla, no había intervenido, ni siquiera había imaginado que había una situación de riesgo, que habían malos tratos, que algo así podía ocurrir. Simplemente pensaba que sus padres eran así, se había criado viviendo la situación —lamentablemente— con total normalidad, y un día, en una de esas discusiones, una respuesta inesperada por parte de su madre dio lugar a una ira desmesurada del padre, quien incapaz de asumir manifestación alguna contraria a su planteamiento, estalló dando un empujón que sin tener un objetivo homicida, acabó dando lugar a una mujer muerta, otra más, de las que contaban y cuantificaban en las noticias, otra víctima de violencia machista, simplemente, esta vez, para Alba no era una víctima, era LA VÍCTIMA.

Con el tiempo y ayuda, con besos y abrazos tiernos, con gritos y risas de sus niños, felices e inocentes, se perdonaría.

Había pasado casi un año, el primer verano sin su madre, el primer día de la madre sin ella, el primer cumpleaños sin ella, las primeras navidades sin ella. Ya era primavera, llovía, había amanecido el día gris, casi negro, muy nublado, el viento silbaba y Alba se encontraba nuevamente mirando por la ventana, mientras llovía sin parar. Alba seguía con la mirada el camino de una gota, una muy pequeñita, que se había unido a otra, y luego a otra, y así sucesivamente hasta formar una gota tan grande, que por su propio peso derivó en un camino nuevo, lejos de donde había empezado, esa pequeña gotita, había sabido crecer, coger fuerza y trazar su propio camino, sabiendo más que nunca lo que quería y lo que no quería en su vida, afrontar conflictos para resolverlos, e intentar no mirar a otro lado, sino mirar a los problemas de cara, con miedo y respeto, pero con valentía.

Estuvo así minutos, no sabía cuántos, y cuando se disponía a buscar una nueva gota de agua, vio, a través de la ventana que empezaban a disiparse las nubes, seguía lloviznando, pero asomaba el sol, y a lo lejos, muy claro, se apreciaba un incipiente arcoíris multicolor, pequeño, a lo lejos. Alba quiso entender que aquello era una señal, debía volver al comedor, con su familia, y sentarse al sofá, junto sus hijos y su marido. ¿Quién quiere una taza de chocolate?

Tempura de langostinos 私

Me descalzo en el dormitorio. Agradezco el contacto de las baldosas frescas en la planta del pie mientras observo preocupada ese juanete que empieza a darme verdaderos problemas desde que trabajo tantas horas de pie sin apenas descanso. Oigo que los niños discuten en el salón, se acerca la hora de hacer la cena y casi no puedo con mi alma. Me tumbaría un rato y cerraría los ojos. Sola, en silencio.

¿Se habrá puesto Carmelo a revisarles los deberes, sobre todo al pequeño, que me salió algo flojo para los estudios? La colada de anteayer todavía está en el tendedero. La ropa, seca y tiesa. Si no estoy yo en casa nadie se digna a recoger los calzoncillos, las bragas y las toallas. Inspiro, expiro, inspiro, expiro. No te enfades, Cecilia. Calma. La jornada en el obrador ha sido mortal; se ha ausentado una compañera y he tenido que redoblar esfuerzos. Un par de clientas se han mostrado algo insolentes, quién sabe si la cuesta de enero nos afecta a los seres humanos, que si el pan estaba como el chicle, que si las magdalenas habían salido como piedras...

Venga, esos chicos que recojan ya sus juegos desparramados por la mesa, que la Navidad ya se acabó, por suerte para mí. Ahora toca cenar y acostarse temprano. Carmelo en una esquina del salón, ajeno al griterío de sus hijos, se ha puesto unos auriculares, inmerso en una partida de ajedrez consigo mismo. Carmelo "Kasparov" contra Carmelo "Karpov". Se lo toma muy en serio eso del ajedrez desde su despido. El tablero le tiene abstraído todo el día y ya resulta hasta preocupante, por no decir que exaspera, verle así las horas muertas.

Me saluda desganado, frunce el ceño rascándose el mentón y mueve la torre.

Ana y Miguelito, que vengan a la cocina, que se preparen el bocadillo para mañana antes de acostarse, que por la mañana ni ellos ni su padre tienen tiempo de

untar dos rebanadas en condiciones y meter algo de jamón, que luego es mucho más fácil comprar un donut de camino a clase. Y eso no es manera de alimentarse.

Mientras doy la vuelta a los escalopes en la sartén, Carmelo entra con las gafas caladas sobre el puente de la nariz. Se ha debido de cansar de tanto table-ro. Mete la mano en el frigorífico y arranca un par de uvas. Desde que dejó de trabajar en la fábrica anda por la casa, deambula más bien, como si fuera un fantasma. Responde con monosílabos la mayoría de las veces, parece que le cuesta formar una frase entera. Se ha dejado barba, pero no de esa que sienta tan bien a los actores como George Clooney, sino una barba rala, dejada, mal recortada, que le echa diez años más de golpe.

Se apoya en la puerta de la cocina, me observa sin decir nada.

“Anda, Carmelo, vete poniendo la mesa, por favor”, le pido.

Mi marido rezonga arrastrando los pies hasta el salón, rebusca en el cajón de los manteles. Hay que estar rogándole para que participe en las tareas más fáciles y, justo ahora que le sobra tiempo, no muestra la más mínima voluntad.

En medio de la cena, justo cuando empiezan las noticias nacionales, Carmelo suelta los cubiertos con brusquedad. Aprieta el puño sobre el mantel y nos sorprende gritando:

¡Estoy de grasas hasta el cogote! A ver si empezamos a comer como los orientales para llegar a viejos, si es posible.

Se levanta sin acabar su ración de escalope con patatas y va derecho al cuarto de la plancha, que ahora es su rincón de pensar cuando le dan sus arranques de mala uva y fue también el rincón de pensar cuando mis críos eran chiquitines.

Agacho la cabeza sobre el plato y me callo la réplica que me quema en la punta de la lengua. Calma, respira, Cecilia.

“Chicos, venga, ayudadme vosotros dos a recoger la mesa. Muévete, Miguelín, no vale escaquearse”, ordeno a los chicos.



El enlace sindical se quiere reunir con nosotros. La indemnización por el des-pido todavía puede tardar. Se ha recurrido ante los tribunales laborales y la si-

tuación puede prolongarse, para mi desgracia. La empresa no calculó bien los finiquitos, por eso no firmamos en su día. Apuesto a que nos querían engañar. Pero la espera se hace tan larga que creo que debería haber firmado el papelito de Recursos Humanos y haber aceptado ese dinero. Más vale pájaro en mano... ya lo dice el refrán.

Desde que Cecilia se ha puesto a trabajar la casa se me antoja un caos, la nevera se vacía más rápido que antes, los niños andan más descontrolados, las esquinas del hogar acumulan pelusas. Es poco lo que cobra mi mujer en el obrador y demasiadas horas las que tiene que trabajar. Me opuse desde el principio: Cecilia, cobraré la indemnización pronto. No tienes por qué ponerte a trabajar. Montaré un bar, no se me caen los anillos.

Y Cecilia: El presente es ahora, Carmelo, con tu paro no salimos adelante, hay que pagar la escuela del chico y pronto la universidad de la mayor, y está la hipoteca... Y testaruda como una mula se puso a trabajar para una jefa explotadora que la tiene secuestrada en un horno de 7 de la mañana a 7 de la tarde.

Voy a acercarme al sindicato, a ver qué charla nos echan hoy. Lo de estar unidos y hacer piña está muy bien, pero a mí el dinero de la compensación me vendría ahora mismo de lujo. Bien mirado, tampoco estoy tan seguro de cómo invertir lo que vamos a percibir. No da para montar un negocio y tampoco sé bien si quiero meterme ahora a servir cafés, tostadas y copas de brandy detrás de una barra. He sido un obrero especializado toda mi vida y no sé hacer otra cosa que trabajar en cadena. A ver cómo me apaño yo ahora llevando bandejas.

Estoy volviendo a los pensamientos obsesivos que me atrapan por momentos. "Todo se andará, Carmelo, mejores tiempos vendrán", no para de decirme mi mujer y me anima a echar currículos. ¡Pero si ya estoy echando cartas a otras fábricas de la región y nada de nada! ¿Qué pretendo si tengo 52 años? Las fábricas no quieren veteranos. Quieren contratar savia nueva, obreros más baratos.

Vuelvo del sindicato con las manos vacías porque no se han producido avances. Mucho parlotear pero el desenlace no llega y yo desespero por enganchar el dinero. ¿Qué hace uno con su vida en el durante? Cecilia me está pidiendo que haga seguimiento de los deberes de Miguelito, que empuje un poquito en matemáticas a Anita, ahora que ella no puede estar pendiente de los chicos como antes. Yo quiero que mi hija estudie, sí, para que no tenga que trabajar

deslomándose en un obrador de sol a sol, que pueda optar a un empleo mejor que el de su madre, y mejor que el que yo tenía, desde luego.

Me convencen para echar la partida de mus, una cervecita rápida que se convierte en un rato largo e intenso porque mi rival de hoy, un minero jubilado, me ha tomado la medida. Las dos y la comida sin hacer. Ahora llegará Cecilia corriendo —sulfurada, como siempre— a preparar la menestra y los filetes de pollo, luego comer, recoger, sentarse y echar una cabezada.

Envido. Estoy saboreando con la mente unas judías pintas ricas, hoy que hace un frío asesino, y hasta podría quedarme a comer el menú del bar por no soportar la mala leche de mi mujer. A ver si aprendo por lo menos a hacer las lentejas de mi madre, o las de mi suegra, con un libro de esos de la Simone Ortega.

Me siento algo culpable de estar aquí con las cartas en la mano a estas horas. A punto estarán de llegar a casa Cecilia y los chicos, pero jugar es mi evasión, mi única salida, se ha convertido en la medicina para aliviar esta tristeza, este hueco que se me ha abierto en el alma, que me paraliza, me consume y, no sé por qué, me hace comportarme mal con los que me quieren.

Suelto las llaves en el mueble de la entrada. Música en la radio de la cocina, huele a estofado de buey, un aroma muy agradable. Cecilia ha llegado hoy antes. Asomo la cabeza por la cocina para aspirar. Se ha pintado los labios hoy, vaya, ¿por qué sonrío? Parece que ya se le ha pasado el enfado de ayer por mi salida fuera de tono a la hora de la cena. Si me puse así es porque no puedo permitirme engordar como un pensionista, con la falta de ejercicio físico me voy a poner como un toro. No quiero ser un parado con colesterol y lorzcas colgantes.

Cuando voy al dormitorio a por mis zapatillas de estar en casa, encuentro encima de la cama un sobre cerrado a mi nombre. Abro y leo asustado:

“VALE PARA UN CURSO DE COCINA Y ESCRITURA JAPONESAS”



Cómo me he reído a la hora de la comida con Carmelo. Me ha tomado por lunática con la ocurrencia del vale, que a quién se le ocurre regalar algo así justamente a un hombre como él.

“Toma, tu regalo de Reyes con retraso”, le he dicho.

El pobre no sabía qué decir. Se ha ido con el vale hasta su tablero de ajedrez, se ha quedado mudo. Venga, esto es un empujoncito. ¿No me recriminas tú que los asiáticos comen más sano de lo que comemos en esta santa casa? Pues ahora vas a aprender cocina saludable, sí señor, sushi del bueno, sopa de miso, tempura de langostinos. Carmelo, bienvenido al increíble mundo del wok y del teppanyaki. Y luego, como broche de oro, la profesora de japonés os va a enseñar también caligrafía. Así también vas a aprender a transcribir CECILIA en papel de seda. Te va a quedar divino.

Me he reído un rato a hurtadillas. Carmelo ponía las fichas en el tablero para empezar otra de sus partidas contra sí mismo, pero estaba claramente desconcentrado. En un momento dado se ha quedado mirándome fijamente:

“¿Cuándo dices que empieza el curso ese?”

He contestado que el lunes. Ha empezado a poner los ojos en blanco inventándose excusas, que si las reuniones con el sindicato, que si los análisis de sangre, que si los deberes del pequeño, cuestión en la que, por cierto, nunca se ha involucrado mucho. Se ha quedado bloqueado. Luego ha empezado a quejarse de que no sabe cómo coger unos palillos, ni sabe manipular cucharas de cocina, ni siquiera es capaz de cortar una cebolleta en juliana, y mucho menos medir proporciones.

“Un estrés, Cecilia, esto va a ser un estrés para mí”, estaba visiblemente irritado.

Y yo, sonriendo: “¿Cómo se escribe ‘CECILIA’ en japonés? Anda, apréndelo y me lo escribes”.



Mi profesora se llama Michiko Tanaka y si fuera más delgadita se transparentaría. En clase solo hay mujeres. Los únicos hombres somos Manuel y yo, un jubilado que ya debe de ser máster chef en cocina oriental porque no es su primer curso. Me gustaría poder cortar el pescado crudo como lo hace Manuel, así que tendré que aplicarme, si no, la profesora Tanaka no me concederá las tres estrellas cuando finalice el curso... o quizá no sean estrellas sino soles nacieses de su país, estampados sobre un diploma.

El primer día de clase temí hacer el ridículo delante de la profesora y los alumnos. La cocina no es mi hábitat natural, pero poco a poco voy cogiendo el

tranquillo. Ahora hasta me gusta que llegue el lunes, esos lunes odiosos para nosotros, los parados, porque son días tontos e idénticos a los domingos y a cualquier otro día de la semana.

Después de la clase degustamos los platos que la profesora valora como los más “comestibles”. De momento, el otro día alabó mis tallarines tipo Udon acompañados de soja y verduras. Nos los zampamos entre todos con muchas ganas, hasta la profesora Michiko se los comió. Tenía que haberlos catado Cecilia, ni se creería lo delicioso que estaba mi plato. Hecho por mí mismo.

Lo bonito de este curso es la hora entera que dedicamos después a la escritura japonesa, una actividad relajante con esa musiquita de fondo que pone la profesora. Qué paciencia tiene la buena mujer, cómo se nota que esta gente está hecha de otra pasta, cómo se detiene a explicar los trazos a cada uno de nosotros, con esa delicadeza... Estoy practicando con los caracteres más sencillos, lo que ellos llaman kana, para pasar a los más complicados un día de estos.

Dios mío, si me viera el capataz de mi fábrica con el delantal abanicando el arroz. Si los del sindicato me preguntasen dónde me meto todos los lunes, no lo creerían. Ni yo tampoco daría crédito hace tan solo unos meses.



Me alegro de que hayas venido a comer con nosotros, mamá. Justo hoy tenemos menú especial en casa y no me toca a mí cocinar. Es Carmelo el que ha tomado el mando de los fogones, por eso lleva toda la mañana metido en la cocina con no sé qué melodías zen. ¿Oyes desde aquí los ruidos de cacerolas y platos? No quiero imaginar la que estará montando allí adentro, prefiero no asomarme.

Vas a pensar que me lo estoy inventando pero el fin de semana pasado nos hizo unas bolas de arroz con atún y unos fideos fritos especiales con salsa de soja que los chicos y yo nos chupamos los dedos. Y como él mismo ve que progresa cada día, se va atreviendo con recetas más sofisticadas. A mí me ha quitado un peso de encima relevándome en la cocina de vez en cuando, me da igual comer japonés hasta que se me pongan los ojos rasgados y me salga el arroz por las orejas.

Pasa y date una vuelta por la casa, mamá. Ayer aspiró todo el suelo, él solito, y fue porque le anuncié que vendrías hoy a comer. Pasó los rodapiés con un trapo

húmedo sin yo decirle nada. Recogió la colada del tendedero. Fregó los baños. Como lo oyes, sí, se puso Radio Marca y fregó los dos baños, regular fregados pero fregados. ¿Te imaginas que papá, que en paz descansa, te hubiera dado esa sorpresa a ti? Ni en sueños.

Pero lo que más me tranquiliza es que ya no veo a Carmelo como un alma en pena por la casa; le noto más ilusionado mientras se arregla el tema de su indemnización. Ahora insiste en que quiere hacer otro cursillo de cocina árabe porque se le ha metido entre ceja y ceja que tiene que cocinar un cuscús, figúrate. Y yo le animo a hacer lo que quiera, que aprenda cosas nuevas, que se sienta útil. Y, sobre todo, que me quite faena a mí ahora que voy a apuntarme a un curso de bricolaje en el centro cultural.

Lo más fascinante de toda esta historia es que Carmelo escribe fenomenal la caligrafía japonesa. Posee un talento especial para pintar con la plumilla. ¿A que no te lo imaginas de alguien como Carmelo?

Mira en la mesa del salón lo que me ha pintado esta mañana en una servilleta de papel. ¿No te parece una verdadera maravilla?

ありがとう Arigatou

En eixe carrer, on les llambordes semblaven fetes de cristall, i les cases eren grans i monòtones, fent que sentires que t'havies traslladat a l'època medieval, estava situada la xicoteta carnisseria d'Empar. La seua façana de pedra no la diferenciava de les altres construccions del poble, tan sols un minúscul cartell anunciava que allò era una botiga. Les poques parroquianes que freqüentaven el lloc, ho feien més per establir conversa que per la necessitat d'adquirir els seus productes frescos.

A les nou del matí, a penes havia obert l'establiment, arribava la seua primera clienta.

—T'has assabentat Empar? Jo ja no sé què li passa a la gent, mira, una altra xica morta, pobreta, has vist, pel que sembla estava embolicada amb el seu professor de gimnàstica i anit la van trobar semisoterrada en un camp. Quina barbaritat. Però una cosa et dic... que ja són ganes de complicar-se la vida, perquè ell era un home casat i amb família, però sembla que ella estava obsessionada amb ell.

Empar l'escolta enutjada, li està costant digerir la notícia, però sentir com la seua narradora culpa la pobra xica, li destrossa l'ànima.

—Així són les xiques d'ara, no tenen límits, però d'això tenen la culpa els pares, les mares sobretot, que no saben educar i les deixen fer el que volen, es visten com a putons amb tots eixos tatuatges, arracades al nas o a la boca i eixos cabells de colors. Si nosaltres ens haguérem arribat a vestir així, quina hòstia ens hauríem emportat —comprova un pot de formatge en oli i continua—. Jo li dic sempre a la meua filla, Laia, que una dona s'ha de fer de respectar, que som sagrades, perquè donem vida i si anem per ahí vestides així, quin home ens prendrà seriosament? Als homes els agraden les xiques així per a una sola cosa, però per a formar una família els agraden les xiques senzilles, les de casa, no les que han passat de mà en mà. Últimament, s'havia posat una mica rebel la meua

Laia, coses de l'edat, li havia donat per anar amb un grup d'aqueixes que ixen a cridar al carrer, de les que van amb les mamelles a l'aire i volen poder avortar quan vulguen. Per sort, té nóvio, i és un excel·lent xic. Tu coneixes el pare, és l'amo de la botiga de mobles, eixa que està en l'eixida del poble. Sí, sí, eixe que la dona se'n va anar de casa quan els xiquets eren encara xicotets, però ell va saber criar bé Natxo i la seua germana, un cel els dos, la xiqueta és calladeta, un amor, tan de bo Laia agafe exemple d'ella, que bastant contestadora m'ha eixit.

Per sort, aquest xic de seguida l'ha posada en el seu lloc... el que és l'amor, eh? L'altre dia anaven a eixir a sopar amb uns amics i ell va fer que es canviara de roba, li va dir que amb eixe escot ell no la portava a cap lloc, i ella es va posar un jersei de coll alt i arreglat.

Cal cuidar les xiques, perquè amb això de les feministes i eixes ximpleries, s'estan perdent els valors. Jo li vaig dir a Laia, que si volia conservar Natxo haurà de portar-se bé i no posar-lo en ridícul, a cap home li agrada que la seua nòvia siga amiga d'altres xics ni que es vista provocativa, això els avergonyeix.

Jo a ella li done permís fins a tard si va amb ell. És un xic de família, molt bo i molt atent i seriós. Però perquè isca amb les amigues la controle més, i és que les xiques de hui en dia, quan s'ajunten soles és per a anar de *buscones*, i ara que està amb Natxo, no vull que faça res que a ell no li agrade, quina humiliació seria per al pobre xic.

Empar, des de darrere del mostrador, l'escolta callada però amb ràbia continguda, al cap i a la fi, és una compradora, i per desgràcia, no és alguna cosa que abunde aquestos dies. En un moment d'arravatament, deixa de pensar en ella com a clienta i es prepara per a contestar-li, però abans que pugua mediar paraula, ella continua parlant, i la deixa amb la paraula en la boca.

—Ah! I no sé si ho vas veure ahir per la tele, eixa xiqueta discapacitada de la qual van abusar eixos tres xics, quin horror, on estava la mare? Eh! On estava? No sé per què tenen filles si després les deixen tirades a la bona de Déu. Encara sort que no la van matar. A la que caldria ficar a la presó és a la mare per abandonament, perquè la xiqueta estava tot el dia sola, i la mare a saber on es trobava, perquè treballar, amb les pintes que tenia, amb eixos cabells de colors, i eixa roba que portava, ja et dic jo que ni parlar-ne. Eixes són les típiques que quan els ofereixen treball damunt volen guanyar més que tu —s'acosta al mos-

trador, deixa sobre ell el pot de formatge i un pot de tomaca rallada i li demana el compte a Empar fregant els dits índex i polze—. És com et dic, Empar, a les xiques cal cuidar-les, cal ensenyar-les valors, perquè amb això de la llibertat, mira com estem, cada vegada maten més dones. I és que, saps què passa? Que abans una sabia que perquè la parella es mantinga hi havia coses que calia aguantar, però ara les dones s'han tornat violentes, discuteixen a crits amb el marit, el fan embogir, i si damunt ell ha begut o està nerviós pel treball, passa el que passa... així succeeixen les desgràcies —agafa la bossa d'anar a comprar i una altra que portava de la fruiteria i s'acomia—. Bé, t'he de deixar, demà parlem. Ah! No, demà no, perquè tinc reunió en el col·le i després arregaré a la xicoteta. Sembla que hi ha una xica que està embarassada, una nova, tretze anys té, i la veritat, les mares volem que es prenguen mesures, que se l'expulse o alguna cosa, perquè no vinga a llançar-nos a perdre les nostres que estan fora de perill.

Paga la compra i carrega amb les bosses quan un cotxe de la policia passa per davant de la botiga, un dels agents la reconeix, són poc més de 700 habitants i al poble tots es coneixen. El cotxe estaciona, dos agents joves baixen del vehicle i s'acosten a ella. Un d'ells li parla i Empar veu com a la seua amiga li cauen les bosses de la compra i s'esfondra.

—Ho sentim molt... ara mateix estem intentant localitzar Natxo —diu l'altre agent.

—Però què ha passat? —pregunta Empar als policies mentre intenta consolar la seua amiga que roman a terra plorant.

Dia sense col·le

Hui, la meua mamà m'ha despertat per a anar al col·le, però m'ha dit que no em pose l'uniforme. A mi m'agrada l'uniforme, tot i que diu el meu "tete" que això és ara que tinc set anys, que quan en tinga deu, no m'agradarà gens. Tot i que això ja és igual, perquè mamà ha tret de l'armari un vestit fosc que no m'agrada gens i m'ha dit que m'arregle. A mi també m'agraden els vestits, però de colors, o de flors, o amb les dues coses, però la meua mamà ha insistit que ha de ser el fosc. Posat encara m'agrada menys, però em resigne, em faig una cua amb els cabells i baixa a desdejunar.

Alguna cosa estranya passa... a la cuina estan els meus pares i el meu germà, en silenci i vestits molt elegants. El meu papà amb un vestit negre, la meua mamà amb un vestit fosc i el meu germà tampoc porta l'uniforme del col·le sinó uns pantalons negres i una camisa grisa. M'estic començant a espantar. S'hauran enterat que em van caure les aquarel·les sobre la nina que em van portar els reis d'Orient i estaran enfadats?

A Lucas, un company que va fer coses dolentes, un dia els seus pares van anar al col·legi vestits també molt elegants i se'l van emportar. La profe ens va dir que se l'emportaven a un reformatori. Jo no vull anar a un reformatori... ni tan sols sé el que és, però segur que allí no estaran els meus companys de classe, i jo vull estar amb ells, perquè són els meus amics.

M'assec a la taula sense fer soroll, no vull que s'enfaden més. Potser si em menje tot el desdejuni i em porte bé, no em portaran al reformatori.

—Sara, hui no hi ha classe, però anirem al col·le igual —diu la meua mamà amb la cara molt trista.

Ara sí m'estic preocupant de debò. Si no hi ha classe, per a què anirem al col·le? Potser diu col·le per no dir reformatori i que no m'espante. Els dic que això de les aquarel·les va ser sense voler? Millor no, primer veuré on em volen portar.

—Mami. I si no hi ha classes... Per què anirem al col·le? —Li pregunte tement que la resposta no m'agrade.

—Filla, hui anem al col·le a manifestar-nos. A la germana d'Ana, la teua amigueta de classe, li han fet coses dolentes —em diu la meua mamà, tot i que no em queda gens clar.

No sé el que és una manifestació ni conec la germana d'Ana; l'única cosa bona és que no ha nomenat el reformatori, però així i tot, m'acabaré el desdiju ni i a portar-me bé per si de cas.

* * *

El meu col·legi no és molt gran i som poc alumnat, però tenim un gimnàs, un pavelló esportiu, aula de música, pistes esportives i parc infantil. Quan hi arribem, comence a tindre més dubtes. Note més gent que un dia de classe... Hi ha professorat, papàs i mamàs per tots els costats, molts d'ells amb pancartes i xiquets i xiquetes de totes les edats al mateix pati; però el que més em crida l'atenció és el silenci que hi ha. Veig que al pati d'infantil estan Paula, Albert, Maties i Lucía, els meus companys de classe, i li pregunte a la meua mamà si puc anar amb ells. Em diu que sí, però que no córrega ni em moga d'allí. M'acoste on estan els meus amics que també van vestits sense l'uniforme del col·le.

—Algú sap què passa? —Pregunte al grup que estava assegut en un banc.

—No t'has assabentat? —Respon ràpidament Paula, que és la més llesta de la classe—. Som ací per a manifestar-nos perquè ha mort la germana d'Ana.

Ara sí que no entenc res. Tot i que seguisc sense saber què és manifestar-se, no comprenc per què cal fer-ho perquè haja mort la germana d'Ana. El gosset del meu "tete" es va morir fa uns dies i ningú es va manifestar, el meu papà va fer un forat al jardí i el va ficar allí, però no ens manifestem. La veritat és que em fa una mica de ràbia que Paula ho sàpia tot, però crec que és l'única que em pot aclarir què és açò de manifestar-se, i sobretot, per què no van vindre tots quan es va morir el nostre gosset Rufux.

—Paula, què és açò de manifestar-se? —Li pregunte una mica avergonyida per si és una ximpleria i riu de mi.

—La veritat és que no ho tinc molt clar, però els meus papàs diuen que hui calia vindre ací a manifestar-se perquè han assassinat la germana d'Ana, i això no es pot permetre. Així que, segons m'han dit, ens manifestem perquè no pas-se més —aclareix Paula.

—Paula, havies dit que s'havia mort, no que l'havien assassinada.

—És el mateix babaua... si t'assassinem et mors.

—Ahhh. I per què l'han assassinada? —Continue preguntant intrigada.

—Ha sigut per violència de gènere —intervé Albert, un xiquet que no fa més que fer-me rabiar a classe tirant-me boletes de paper.

—I què és això de violència de gènere...?

Aquesta vegada no hi ha resposta perquè el profe de gimnàstica, el senyor Don Octavi, s'acosta a nosaltres molt enfadat per a dir-nos que anem al nostre pati amb tots els altres.

Tot això de la manifestació, l'assassinat i això de la violència de gènere ha de ser molt greu, perquè Don Octavi és el profe més simpàtic que hi ha al col·le, sempre es porta molt bé amb tots i és molt amable, però hui sembla molt enfadat, mai l'havia vist així.

El nostre pati està ple de gent, i quasi tots estan col·locats darrere d'una pancarta on posa "JA N'HI HA PROU —NI UNA MÉS" amb lletres molt grans. La meua mamà i el meu papà estan en primera fila subjectant la pancarta i em criden perquè hi vaja amb ells. Em pose allí, al costat de la meua mamà, en eixe moment sonen les campanes de l'església, el meu papà diu que són les dotze i de sobte tots comencen a cridar una vegada i una altra: JA N'HI HA PROU, NI UNA MÉS.

El conte que mai ens van contar

La manifestació ha acabat i tornem a casa en silenci. Pel camí vaig pensant en el que han dit Paula i Albert. Ara ja sé que és manifestar-se, però seguisc sense saber què és això de la violència de gènere. Estic a punt de preguntar-li a la meua mamà, però està tan seriosa que em fa por que no li agrade la pregunta i que al final acabe en un reformatori; esperaré que m'ho conte la meua àvia, que és molt intel·ligent.

Els meus papàs han d'anar a treballar i ens deixen al meu germà i a mi a casa dels avis. A mi m'encanta anar a la seua casa... la meua àvia és molt llesta, sempre em conta contes, i a més fa unes galetes riquíssimes. El meu "tete" es posa a jugar amb el mòbil, i jo ajude la meua iaia a preparar el menjar.

—I ara li posem el formatge ratllat per damunt i a gratinar —em diu la meua àvia mentre col·loca la safata de macarrons al forn.

—Iaia... Puc preguntar-te una cosa?

—Clar bonica, el que vulgues.

—Què és la violència de gènere? —Li pregunté temerosa que siga una cosa molt dolenta.

—On has sentit això, carinyo? —Respon sorpresa la meua iaia.

—Hui no hem anat a classe, però sí al col·le. Hem anat a manifestar-nos perquè han assassinat Laia, la germana d'Ana per violència de gènere... m'ho han dit Paula i Albert.

—Carinyo, eres molt xicoteta per a entendre el que és la violència de gènere. A veure, durant moolts anys, les dones i les xiquetes, han sigut silenciades i oblidades, hi havien monstres que no concebien que hi haguera dones més intel·ligents que ells, i les ocultaven. M'entens?

—La veritat és que no gaire àvia.

—Mira... Et sembla bé que l'àvia et conte un conte mentre esperem que el menjar estiga fet?

—Sí!

La meua àvia s'asseu a la cadira de fusta de la cuina, em posa sobre la seua falda i comença a contar-me el conte:

—Conten els que saben les històries prohibides que, en un xicotet llogaret, es relataven terribles llegendes sobre grans llops dolents que es menjaven les xiquetes que anaven a jugar al bosc...

Eixe dia, tan sols vaig escoltar el principi d'aquell conte. Anys més tard, l'escoltaria íntegre; eixe i molts altres més.

El meu primer amor

Acabe de complir tretze anys i m'han crescut els pits. Em sent diferent, em sent bonica amb el cabell solt i perceb que tots em miren. Al matí, papà diu:

—Hauràs de començar a usar sostenidor, Sara.

—Sostenidor? —Li pregunte estranyada... pensant que això era cosa de mamà i que ell no s'havia adonat.

Francament, papà ha començat a involucrar-se en les meues coses, des que el meu germà se n'ha anat a la universitat, ens hem fet confidents, durant l'estiu hem començat a anar a la muntanya junts, i això ens ha unit i ajudat a ser amics, sense perdre el respecte de filla a pare.

Només ha passat un dia i som ací, a un dels carrers amb més comercials de tot el poble. Entrem en una d'eixes botigues que venen de tot, i com no, roba interior. Papà s'acosta a la dependenta, que té un gran somriure i demana un sostenidor per a mi, «El meu primer sostenidor!», Pense orgullosa. La xica trau diversos models... Mire el meu papà i amb un gest amb la mà, m'indica que trie jo. Me l'he d'emprovar, em sent estranya i és incòmode, supose que ha de ser així... fins que m'acostume a ell.

* * *

Quan comence el col·legi, tots ens veiem diferents, hem canviat físicament, hem crescut... ara som "Adolescents".

En classe sempre hem sigut els mateixos des de primària, però durant els anys s'han anat fent grups més afins. Jo estic en el grup dels marginats. No conceb que la gent ens diga marginats perquè alguns de nosaltres tenen gustos sexuals diferents, però per desgràcia, és així. La veritat, jo crec que som el millor grup de tots, el més divers, el més tolerant, i el que més es diverteix; els altres no pensen el mateix.

Paula va besar un xic amb dotze anys, i des d'eixe dia, per a molts és la xica fàcil del col·legi... alguna cosa que no comprenc, ja que Gabriel ja ha besat tres xiques i a ell el tracten com un heroi. A Alberto li agraden els xics, ens ho va dir aquest estiu, i la veritat, no ens estranyem ja que de vegades fins i tot es maquillava. Un dia va aparéixer amb una brusa de la seua germana, però jo el

veig d'allò més divertit i normal, a més, és molt intel·ligent i amable amb tots. Lucía i Ana són nòvies, bo, la veritat és que no ho sé, però jo crec que sí perquè les he vistes besar-se diverses vegades, però com elles no ho han volgut contar, jo tampoc dic res. I Matías i jo, som els estranys, perquè se suposa que som els "normals", i la gent no entén el per què anem amb eixe grup. Jo mai els conteste quan em pregunten, no m'importa el que pensen els altres, només sé que els meus amics són igual de normals que jo, m'atreviria a dir que més del que són alguns dels intolerants que ens diuen "estranys".

Amb el començament del nou curs, comence a veure els xics d'una forma diferent, i hi ha un que crida la meua atenció. És prim, amb el pèl desordenat i somriure de xiquet... Seria precisament ell, qui es convertiria en el meu primer amor.

De sobte, comence a dibuixar cors a les llibretes, amb el seu nom i el meu. Sara i Xavier. Del no-res, ja està en els meus pensaments, en el meu dia a dia i sense voler, comence a somiar amb ell, em mira des d'on es troba, però sempre des de lluny i somriu, sé que també li agrada, però no t'atreveixes a dir res, són dies de mirades i de converses, parlàvem de tot una mica i res més...

Passen els mesos, escolte música romàntica, i és ací quan comence a escriure versos i poemes d'amor.

Acaba el col·legi, i amb ell arriba l'estiu. Passe les vesprades escoltant música i xarrant amb els meus amics a la plaça del poble. Tot està bé, fins que una vesprada apareix ell i jo em pose nerviosa. Creuem mirades com sempre i ens saludem, els nostres amics es queden apartats, amb l'altaveu *bluetooth*, posant a tot volum *reggaeton* i alguna que una altra balada al capvespre.

La gent es comença a anar i l'ocàs es presta per a somiar desperta, òbviament amb ell. I tot comença a semblar-me preciós, comence a apreciar el cel i la seua immensitat, les seues estrelles, el seu misteri, i com al lluny sembla unir-se amb les muntanyes... sent la brisa al rostre, veient el capvespre, és tan romàntic...

Cara a cara, amb el cor a la mà i les boques a punt de rebentar jo m'acoste primer; i amb un bes, devore la poma més dolça del paradís.

El príncep

Som nuvis des dels tretze anys, i la veritat és que Xavier li cau bé a tothom. Les meues amigues l'adoren perquè sempre té una gentilesa..., els diu que són atractives, que estan més primes, que els queda bé eixe pentinat o eixes sabates.

A mamà no li agrada que tinga nuvi tan prompte, diu que amb díhuit anys he d'estudiar i gaudir de la vida, però en realitat, també l'adora. És el nuvi perfecte, diu sempre, perquè li obri la porta del cotxe perquè abaixe, li porta regals el dia de la mare o el dia de la dona, fa llargs passejos amb ella pel jardí botànic, que per cert a mamà l'apassiona a causa de la diversitat de flora que hi ha en ell i és xapat a l'antiga com li agrada a ella.

Té èxit, carisma, és bon estudiant i responsable. Un príncep.

Hui ens hem trobat amb la meua amiga Paula en una botiga. Entre xiuxiuejos m'ha dit l'enveja que li dóna que Xavier m'acompanye a comprar roba, perquè ella a la seua parella no aconsegueix ficar-lo en una botiga ni a espentes. No li puc dir que Xavier m'acompanya perquè és ell qui tria la meua roba perquè no isca disfressada de "puta", segons diu. I paga amb els meus diners, que els porta ell, perquè sosté que sóc una addicta a les compres, i gaste diners en ximpleries.

* * *

Comence a posar-me trista... ens hem barallat. Per una ximpleria. Ha vingut a casa i estava la meua amiga Ana, i diu que jo no li he fet cas, que parlava amb Ana i em reia de ximpleries, que segur m'estava contant que li agrada a altres xics i jo mostrava interés.

Res a veure, Ana i jo som amigues des de xicotetes, i sempre riem de qualsevol ximpleria.

No sé com fer-li entendre que no ha de ser tan gelós. Li deixe veure el meu mòbil, i pot entrar en el meu *facebook* quan vol, perquè li vaig donar la contrasenya una vegada que es va enfadar perquè va dir que un amic meu em llançava la canya. L'altre dia la professora de ciències li va cridar l'atenció perquè estant en l'hora de gimnàstica, em va agafar fort del braç i ella el va veure. Ens va cridar als dos a banda i ens va parlar sobre la violència i el maltractament. A mi em va fer molta vergonya, i ell es va enfadar, diu que és una vella amargada, que li

dóna enveja que siguem joves, perquè ella mai tindrà a ningú que l'estime com m'estima ell a mi.

De vegades pense que m'agradaria que no m'estimara tant, però de seguida em penedisc, perquè quan estem bé és com en una novel·la d'eixees que mira la meua mamà al migdia. Em porta regals, em passa a buscar per anar a escola perquè no vol que vaja sola, em diu que sense mi es mor, que estarem junts per sempre... Fins i tot m'ha dit que vol que tinga un fill amb ell. Però jo no vull tindre un bebé ara, estic en la universitat, vull fer moltes coses abans.

Això ha fet que s'enfade, i ara no vol usar preservatiu quan tenim relacions. Per això, he començat a prendre pastilles d'amagat, així ell no pensa que no l'estime prou.

Perquè jo l'estime. Per això no entenc per què comence a posar-me trista cada vegada que ve.

* * *

Hem discutit una altra vegada i l'he deixat. Ell vol casar-se. Està boig! Només tenim díhuit anys! I jo no vull. M'acusa d'enganyar-lo, de ser una histèrica, d'estar jugant amb les seues intencions que són formar una família, tindre fills, cuidar-me per a tota la vida. Eixe "per a tota la vida" em dóna pànic. L'imagino furgant en la meua cartera i llegint els meus *whatsapps* pels segles dels segles fins que la mort ens separe, dient-me com vestir, amb qui parlar, quins programes he de mirar i tenint sexe reproductiu fins que m'asseque com una planta.

M'ha telefonat i m'ha promés que canviarà, que em donarà més temps, que no em pressionarà. Li he dit que necessite pensar-ho durant uns dies, que vull estar segura, canviar la meua energia. No li ha agradat gens la idea, però l'ha acceptada.

Des d'eixe moment, i durant tota la setmana, ha vingut totes les nits a sopar, portant flors, bombons, el licor de maduixes que li agrada a la meua mamà, i el pastís de xocolate que m'agrada a mi.

—És un príncep, aquest xic —em diu la meua mamà—. No el deixes fugir o te'n penediràs tota la vida.

El meu papà en canvi no opina el mateix, ha trucat a la porta de la meua habitació i m'ha dit que ho pense bé, que una persona possessiva no canvia, i que així mai seré feliç.

—Eres jove filla, papà no et dirà el que has de fer o no, l'única cosa que vull és que sigues feliç.

—Gràcies papà... ho pensaré bé.

He tornat amb ell. Tots s'han alegrat molt, menys papà. Som una parella perfecta diuen.

Excepte pel fet que han passat dues setmanes i ha tornat a exigir-me que em canvie el vestit que portaré a l'aniversari d'una amiga perquè és molt escotat. I que no puc respirar quan tenim sexe. Literalment, no puc respirar, m'ofegue, li dic que pare però no para, segueix i segueix, com alienat.

He decidit anar a visitar una psicòloga. Després de diverses sessions, m'ha dit que és por i jo li done la raó. Només que ella diu que és por al compromís i jo crec que és por al fet que, com en els contes de fades, aquest príncep no em deixi fugir mai.

La meua primera vegada

Són les festes de sant Antoni Abat i hem anat a veure cremar la foguera. Un company de la universitat s'ha acostat a parlar amb mi i ell ha vist com riem... m'ha contat que al professor de matemàtiques li van omplir el cotxe amb post-it plens d'arrels quadrades en venjança per l'examen sorpresa que ens va posar la setmana passada. Xavier ha enfurit i ha volgut que ens n'anem a casa, i de camí, m'ha pegat. Tan sols tinc díhuit anys i m'han pegat. M'ha donat una hòstia a la boca. Després m'ha agafat del coll quan li he volgut llevar el mòbil, perquè me l'anava a estampar contra la paret.

M'ha demanat perdó, m'ha abraçat i ha plorat, em diu que m'estima, que el torne boig perquè passe d'ell, queestic a tota hora pendent i rient amb els meus amics i amigues i que no li faig cas. Diu que les meues amigues no el volen, que el miren malament, que m'omplin el cap d'històries, que volen que el deixi. També diu que Maties i Albert estan enamorats de mi. Li he intentat explicar milers de vegades que Albert és gai i que crec que Maties també ho és, però no entra en raó, diu que no em vull adonar perquè m'agrada saber que els agrada.

* * *

M'he maquillat per anar a la universitat i la cap d'estudis m'ha cridat l'atenció. «Una cosa és anar maquillada a la universitat, una altra, com vaig jo...», m'ha dit. Jo ja ho sé, sé que m'he passat amb el maquillatge, però no tenia una altra opció, les marques al coll es noten massa.

Ell no diu res. S'asseu lluny, perquè la de ciències ens va separar la vegada passada, quan ens va veure discutir, i va avisar la cap d'Estudis perquè ho tinga en compte o no deixi que ens asseguem junts.

Em mana un *whatsapp* i s'enfada perquè no li he contestat de seguida. No puc contestar immediatament, si em veu amb el mòbil a l'aula la professora me'l llevarà! I si llig els nostres missatges? Em fa molta vergonya que algú s'assabente de com és, i a més no vull que pensen malament d'ell, no és dolent, només que em vol molt.

La de ciències m'ha vist. És molt observadora eixa professora, sembla que no veu res, que és despistada, perquè sempre s'oblida que teníem examen o s'equivoca de data, però ho veu tot, jo m'adone que ens està mirant més a nosaltres que a les proves que li entreguem.

M'ha demanat que l'acompanye a la biblioteca a portar els diccionaris, no m'he atrevit a dir que no. He pensat que m'ha cridat per a renyir-me, perquè mai ens reprén davant de tots, sempre ens porta a banda i ens riny, però no, aquesta vegada no.

M'ha dit que em veu trista. Que als díhuit està bé estar trista de tant en tant, que és fins i tot normal, però no a tota hora, i que a mi se'm nota que estic trista quasi sempre.

Tinc ganes d'explicar-li-ho tot, però no puc. No vull que li explique res a la meua mare, ni que li diga res a ell perquè serà pitjor, així que li dic que estic bé, que no passa res, que estic trista perquè he discutit amb ell per una ximpleria, gens important, i m'invente que estic malament perquè se m'acumulen els dies d'estudi pels exàmens.

M'adone que no em creu, em pregunta per ell, si estic bé amb ell, si sóc feliç al seu costat.

Li dic que sí, que tot està bé, que és un bon xic, una mica gelós, però em vol, m'estima.

Ella diu que l'amor no et posa trista, que no et fa plorar, i sobretot... que no et deixa marques ni et fa usar maquillatge.

—Mira Sara... estimem com podem, com sabem, com ens van estimar o deixaren de fer-ho. Estimem creient que si estimem així, tot estarà bé, i que si tot no està bé, és culpa nostra.

És com els aclucalls eixos, els que els posen als cavalls perquè no s'espanten pel que puga eixir de la vora del camí, o perquè no vegem que hi ha altres camins, a part del que estan transitant.

El problema és que estimem, però amb cura. Sense dir el primer t'estime, perquè volem que ens el diguen primer, i això ens condiciona la llibertat... no ens deixa ser lliures, perquè ara la llibertat està determinada per l'amor. L'amor és lligam, fidelitat, caseta amb cortines i olor a menjar, que cuinem nosaltres, llavem nosaltres, i mengem uns altres. Quina mentida més ferotge ens van vendre, Sara. Ens van inocular la vergonya del desig, per por que l'altre no puga satisfer-lo i se senta malament. Ens van ensenyar el conformisme, el "és el que hi ha", i si eixe amor ensenyat ens dol, també és culpa

nostra. Ens van tatuar l'amor com ens van tatuar tota la resta: la maternitat, el sacrifici, la cura, i, si ens atrevim a esborrar el tatuatge, a buscar l'antídot, a negar-nos a la vergonya, a florir en desig i en demanda, allí estan els diagnòstics, agotzonats, esperant-nos: boja, feminista, complicada, sufragista. La xica que no li presentaries a mamà.

Cal oblidar-se de les receptes de l'àvia, que en realitat, estaven escrites per l'avi.

Fóra els aclucalls, la cura i el sacrifici... estima com et done la gana. Dis-li t'estime primer, i si s'espanta, el problema és seu, i el coratge, teu. Demana-li el que t'agrada, i si no sap, mostra-li-ho, i si no aprén, no és problema teu. Que entenga que eres lliure, que sou lliures, que sàpia el que eres, i sobretot, que compregua que no eres seua... ni de ningú. Sara; quan algú t'estima, t'accepta com eres, et dóna suport i t'ajuda a volar. No et fa volar, no; t'ajudarà, perquè nosaltres sabem volar soles. Quan algú t'estima, el que fa és cuidar les teues ales, donar-li importància a la teua opinió, i no fer-te callar amb la mirada. Quan algú t'estima, no et controla, no et prohibeix. Quan algú t'estima, no li importa el que mesure la teua falda, ni si rius molt fort, ni on vols anar demà. Quan algú t'estima, t'accepta com eres i no et canvia. Recorda Sara... si et vigila, no és amor, si et controla no és amor, si et reté no és amor, i si fingeixes ser feliç, no estàs vivint.

Les paraules de la profesora de ciències se'm claven en la ment com un ferro ardent, d'eixos amb els quals marquen als caps del bestiar... i en eixe moment recorde la meua iaia i els seus contes, i m'imagino el meu:

"T'estime" em va dir, i al meu voltant van sonar campanes i van volar papallones, tal com ha de ser.

"Tu eres diferent", em va jurar, i em vaig sentir la princesa triada, la propietària de la sabateta de cristall que a totes les altres els va quedar petita o gran.

"Meua o de ningú", va prometre, i vaig somiar que habitava a la torre de cristall que ell construiria per a resguardar-me de quasevol perill.

Llavors vaig riure dels meus poemes, i mentre plorava vaig recordar que també el príncep va riure de la sireneta per creure que era ximple, fins que ella li va demostrar que cantava meravellosament, i llavors la va estimar.

Em va donar una espenta, però vaig comprendre que, igual que Mulán, havia de guanyar-me el seu respecte.

Em va colpejar, perquè com la Bèstia, buscava una Bella que ho canviara a força d'amor.

Quan les seues mans es van tancar al voltant de la meua gola vaig comprendre que mai havia sigut un conte de fades, sinó sempre una història de terror.

Finalment, em va matar. Continue respirant, però eixe dia em va matar; perquè hi ha gent que no s'adona que no és el mateix respirar, que estar viva.

